

Libros

NUSSBAUM, Martha C. (2010). *Sin fines de lucro. Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Buenos Aires: Katz Editores. ISBN Argentina: 978-987-1566-37-2. ISBN España: 978-84-92946-17-4. Número de páginas: 199.

ESTE TEXTO¹ SE ERIGE COMO una contundente crítica a una manera de entender la educación y el desarrollo² que poco a poco va secando y apagando aquello que cultiva nuestra dimensión humana, que, desde luego, no se agota en el equivalente al *homo faber*. El objetivo de la autora es poner de manifiesto que no podemos descuidar el estudio de las humanidades —algo que efectivamente está ocurriendo— pues al no prestarles la atención que requieren esto está significando el comienzo del fin de nuestras democracias. Las humanidades en una sociedad en la que la renta y el consumo en proporciones exacerbadas son su único objetivo, se ven seriamente amenazadas, pues el tipo de educación que defiende el texto se ubica entre aquellas cosas que, de acuerdo con la comprensión dominante de desarrollo y progreso que hoy imperan, no son consideradas importantes, en tanto no nos preparan ni para una carrera laboral, ni para ganar renta. Nos disponen para algo más importante aún: formar un mundo en el que valga la pena vivir.

A la vez que la autora defiende la enseñanza de las humanidades, es importante comprender que lo que está en el fondo es una crítica a una comprensión de desarrollo y de calidad de vida que se autocomprende como sinónimo de obtención de renta. En este sentido, la crítica se dirige a quienes desean agotar la realidad humana en la grosera producción de aquello que es susceptible de dársele un precio y es comercializable; una crítica a quienes desean orientar las capacidades humanas sólo a la consecución de los fines impuestos por un sistema internacional de mercado que está minando seriamente nuestras democracias. Podemos entender

¹ Que, como dice la autora, más que ser una investigación empírica rigurosa es un manifiesto.

² Otra crítica a una comprensión exclusivamente consumista y orientada a la renta la podemos encontrar en Manfred Max-Neef (1997); economista chileno, Premio Nobel Alternativo.

entonces, desde el texto de Martha C. Nussbaum, que la crisis democrática que enfrentan hoy la mayoría de los Estados, en distintos ámbitos, no es sino la crisis de las condiciones de posibilidad de la democracia, y no sólo una mera crisis institucional. Este análisis lo hace la autora teniendo como referencias dos realidades con las que se halla íntimamente relacionada: los Estados Unidos y la India.

El prefacio del texto, a cargo de Ruth O'Brien, destaca tres aspectos de libro que vale tener en cuenta en tanto marcan su tono. Primero, el texto nos alerta “sobre la existencia de una crisis silenciosa debido a que las naciones sedientas de ingresos deciden desechar otras aptitudes” (Nussbaum, 2010: 11). Segundo, “la virtud particular de Nussbaum en este libro reside en el modo de utilizar sus conocimientos sobre filosofía y teoría de la educación, tanto de origen occidental como de origen no occidental” (2010: 11). Y, tercero, a la vez que en esta obra la autora desmitifica la idea de que la educación deba ser orientada solamente hacia el crecimiento económico, el texto se erige como un llamado a la acción a favor de una educación fundada en el estudio de las humanidades y las artes, no por ellas mismas, sino en tanto su contribución en nuestra formación como ciudadanos democráticos resulta esencial.

El punto de partida del libro es lo que Nussbaum denomina crisis silenciosa que, con no poca perspicacia, la distingue de otras crisis³ que se sienten o porque todos hablan de ellas o porque sus ecos parecen trastornar aspectos fundamentales de nuestra vida. Esta crisis es “de proporciones gigantescas y de enorme gravedad a nivel mundial” (2010: 19) y consiste en el desplazamiento que las instituciones educativas están haciendo de las humanidades y de las artes a causa de una —sin exagerar— irracional sed de dinero de muchos Estados, que descartan la necesidad de destinar recursos al cultivo de aptitudes vitales para la democracia y deciden invertir sólo en aquello que se puede traducir en renta y lucro (2010: 20); lo único que preocupa es aquello que tiene que ver con el crecimiento económico. De la mano de Tagore la autora nos dice, la causa de esto “vamos detrás de las posesiones que nos protegen, nos satisfacen y nos consuelan: [...] el ‘disfraz exterior’ de lo material. Sin embargo, parecemos olvidarnos del alma, de lo que significa que el pensamiento se desprenda del alma y conecte la persona

³ Se refiere específicamente a la crisis bancaria del 2009.

con el mundo de manera delicada, rica y compleja” (24). El valor del estudio de las humanidades, de acuerdo con la profesora Nussbaum, radica en la formación para la ciudadanía; estudiarlas nos abre a realidades distintas a la nuestra que son tan válidas y posibles como las de cualquier otro.

En este sentido, los supuestos sobre los que se afincan las democracias modernas se ven amenazados. Ahora, y como bien señala la autora, no se trata de que las ciencias exactas y la técnica no sean necesarias para la educación de los ciudadanos; el objetivo no es pues desplazar a estas últimas. El objetivo aquí, es dedicarse a aquello que tiene un valor extraordinario y que se encuentra en grave peligro.

El argumento continúa con la caracterización de aquella educación que está orientada a la renta y aquella que está orientada a la formación de ciudadanos. Cuando la autora se plantea contraponer estas dos concepciones de la educación, como ella misma indica, se afrontan dos maneras de entender el desarrollo. El desarrollo entendido sólo bajo el aspecto del crecimiento económico y el desarrollo entendido como desarrollo humano (tema que Nussbaum ha trabajado ampliamente en el conjunto de su obra).

La educación orientada a la renta, que se inscribe en la comprensión del desarrollo agotado en lo económico, considera que el papel de ésta no es otro que el de generar impactos positivos en el PIB. En este orden de ideas, la profesora Nussbaum desmiente que el desarrollo económico y el desarrollo de otros aspectos de la vida humana como la salud, la educación o la libertad política vayan de la mano. El mejor ejemplo para demostrar lo anterior es Sudáfrica que ocupaba los primeros puestos en los índices de desarrollo económico durante el *apartheid* (35). La conclusión: “producir crecimiento económico no equivale a producir democracia, ni a generar una población sana, comprometida y formada que disponga de oportunidades para una buena calidad de vida en todas las clases sociales” (37)⁴. A este estilo de educación no le sirven ciudadanos formados con capacidades de juicio crítico y autonomía de pensamiento; además, se les teme en tanto

⁴ En este sentido, señala la autora, que tanto la India como los Estados Unidos garantizan en sus constituciones que hay ciertos derechos que no pueden ser abrogados ni siquiera para obtener beneficio económico (Nussbaum, 2010: 37). Sin embargo, como veremos más adelante, las humanidades y la educación para la democracia se ven cada más contra la pared ante el exabrupto deseo de rentas.

que “el cultivo y el desarrollo de la comprensión resultan especialmente peligrosos para una moral obtusa, que a su vez es necesaria para poner en práctica los planes de crecimiento económico que ignoran la desigualdad” (46) y alimentan los trasnochados nacionalismos y dictaduras.

La educación que se inscribe en la comprensión del desarrollo humano (capacidades) goza —en los Estados Unidos⁵ y en la India⁶— de una fuerte tradición⁷ que no sólo da importancia a las humanidades sino que las ha cultivado con esmero y se resiste a comprender el quehacer de la escuela como mera herramienta para lograr réditos. De acuerdo con esta tradición, la educación no es una actividad “bancaria”⁸; por el contrario, consiste en plantear desafíos para que el intelecto se torne activo y competente, dotado de pensamiento crítico para un mundo complejo. Esta educación potencia las aptitudes críticas, el pensamiento autónomo y una perspectiva amplia en el enfoque de problemas. Bajo este paradigma, lo que importa son las oportunidades individuales o las capacidades que posee cada persona en su integralidad (Nussbaum, 2010: 47).

De acuerdo con Nussbaum, es importante tomar en serio el hecho de que la educación es un proceso y que, en cuanto tal, es allí donde las personas aprendemos a ser ciudadanos. Desde la mirada a investigaciones actuales de la psicología del desarrollo, Nussbaum trata de ver y explicar el proceso a través del cual las personas nos cultivamos para la ciudadanía. En este sentido, la autora elabora una explicación sobre aquella sensibilidad moral que nos es propia y sobre aquella que requieren las sociedades democráticas, sin que esto resulte en posiciones irreconciliables. El punto

⁵ Sobre todo señala la labor de John Dewey. No obstante, en un texto como *Justicia poética* es clara la influencia de Walt Whitman. Véase de manera particular (Nussbaum, 1997: 115-163).

⁶ Se rescata sobre todo la tradición pedagógica inaugurada por Rabindranath Tagore.

⁷ Esta tradición también cuenta con personajes ya clásicos de la historia de la pedagogía y que no son ni indios ni estadounidenses. Se refiere la autora a pensadores como Jean-Jacques Rousseau (Francia), Friederich Froebel (Alemania), Johann Pestalozzi (Suiza), Bronson Alcott (Estados Unidos) y María Montessori (Italia). En este sentido, se puede nombrar también a un clásico de la historia de las ideas latinoamericanas y que la autora no menciona: Paulo Freire.

⁸ Esta es la forma de como Paulo Freire llama a una educación que se agota en la recepción de datos por parte del estudiante y a la transmisión de éstos que hace el profesor.

de partida son preguntas como ¿qué hay en la vida humana que dificulta tanto la conservación de las instituciones democráticas basadas en el respeto a la Ley y en la protección igualitaria de la Ley? ¿Qué fuerzas empujan a los grupos poderosos a controlar y dominar? ¿Por qué motivo las mayorías tratan de denigrar o estigmatizar a las minorías en casi todos los casos? Cualquiera sea el origen de estas situaciones, la educación para la democracia debe combatirlas en el ámbito personal y en social.

Entre las creencias que afectan nuestra vida democrática, está aquella a causa de la cual estamos convenidos de que el mal tiene su origen y está fuera de nosotros (eje del mal), razón por la cual solemos estigmatizar y discriminar al diferente y al extranjero (52). Lo que quiere subrayar la autora en esta parte del argumento es que hay una correlación entre lo que somos psicológicamente y nuestra conducta social. Así, se propone ver en la infancia un correlato de aquella parte de nuestra naturaleza que “las normas sociales y las instituciones pueden inhibir o desarrollar” (54). Los sentimientos señalados como primeros y fundamentales en el desarrollo de la personalidad, son la repugnancia —proyectada— y la vergüenza, que luego se conjugan con los sentimientos de aceptación de sí mismo y de confianza en los demás, sentimientos que una educación para la democracia debe cultivar en virtud de sus fines. La autora completa esta parte de su argumento indicando el papel que cumplen las humanidades en la orientación estos sentimientos hacia una vida democrática.

Habiendo llegado a este punto del libro, Nussbaum hace claridad sobre aquellas competencias que exige la democracia a sus ciudadanos, y pone el acento en tres: primero, la democracia necesita de ciudadanos capaces de argumentar, asunto en el que no contribuye un sistema de pruebas estandarizadas (76), que descuida aspectos cualitativos como la argumentación. “Un ser humano capacitado para seguir los argumentos en lugar de seguir al rebaño, es un ser valioso para la democracia; un ser que, [...], se resistirá a la presión de decir algo falso o a tomar una decisión apresurada” (79).

Segundo, la democracia actual exige ciudadanos cosmopolitas, en tanto hoy todas las naciones se ven afectadas por dificultades que alcanzan, por diversas razones, magnitudes mundiales (114). “Las instituciones educativas del mundo tienen una tarea importante y urgente: inculcar en los alumnos la capacidad de concebirse como integrantes de una nación heterogénea [...] y de un mundo aún más heterogéneo” (115).

Tercero, las democracias modernas requieren ciudadanos con aquello que la autora denomina “imaginación narrativa”, que no es otra cosa que “la capacidad de pensar cómo sería estar en el lugar de otra persona, de interpretar con inteligencia el relato de esa persona y de entender los sentimientos, los deseos y las expectativas que podría tener esa persona” (132). Competencia, que de acuerdo con Nussbaum, se nutre con el estudio de las artes y de la literatura. En este sentido, señala que “las artes cumplen una función doble en las escuelas y universidades: por un lado, cultivan la capacidad de juego y de empatía en modo general y, por otro, se enfocan en los puntos ciegos específicos de cada cultura” (147).

El argumento de la profesora Nussbaum termina ofreciéndonos un diagnóstico de la situación en la que se encuentran hoy el estudio y la valoración de las humanidades en distintos programas académicos y en las universidades. Su diagnóstico es que las humanidades se hallan contra las cuerdas. Destaca que en las universidades estadounidenses la salud de las humanidades es generalmente buena. En la actualidad se cultiva, con más atención que antes, la mirada de los “ojos interiores” a través de un mayor estudio del arte y de la literatura (164). Sin embargo, no son pocas las universidades en las que se han recortado drásticamente los programas dedicados a las artes y a las humanidades a causa de la crisis económica (164), pero también porque no se considera que estas disciplinas sean esenciales.

Estos cambios son impuestos en doble vía: desde fuera (165) y desde dentro. Lo último tiene que ver con la manera como estas disciplinas son enseñadas: educación bancaria y débil en el cultivo del pensamiento crítico. Respecto al futuro de las humanidades, Nussbaum señala que mantener la esperanza es difícil: la educación humanística representa altos costos económicos y pedagógicos.

Por otro lado, en la India, la denigración de las ciencias humanas se hace latente en cuanto se les ha otorgado mayor importancia a las ciencias y a la economía como pilares del desarrollo nacional; un ejemplo de ello es la Universidad fundada por Tagore que, ante la escasez de fondos y su necesaria dependencia del Estado, “hoy es una universidad como cualquier otra, sólo que con promedios bastante más bajos” (175).

En cuanto a la situación de la formación para la democracia y, en este sentido el lugar de las humanidades en la educación básica, el diagnóstico

no es diferente: está en muy mal estado y esto es a escala mundial. “La formación desde el nivel preescolar hasta el 12° grado sufre las exigencias del mercado global, que ha trasladado el foco de atención a las aptitudes científicas y técnicas, hoy concebidas como la clave en la educación” (177). En la India, a nivel primario, el desprecio por las humanidades se repite.

Nussbaum concluye su argumentación señalando que si el interés es por conservar la democracia, nuestro afán no puede ser el que la educación forme sólo generadores de renta, sino ciudadanos reflexivos; de lo contrario, vientos de nuevos autoritarismos amenazan. La educación orientada únicamente a la obtención de renta pone en peligro la vida misma de la democracia. Hay pues que insistir en la importancia de las humanidades, de otro modo, éstas desaparecerán porque no son útiles para ganar dinero. “Solo sirven para algo mucho más valioso: para formar un mundo en el que valga la pena vivir, con personas capaces de ver a los otros seres humanos como entidades en sí mismas, merecedoras de respeto y empatía, que tienen sus propios pensamientos y sentimientos, y también con naciones capaces de superar el miedo y la desconfianza en pro de un debate signado por la razón y la compasión” (189).

Este libro es pues de imperativa lectura sobre todo en los ambientes donde nos formamos como ciudadanos, en tanto hoy nos encontramos impelidos a construir un mundo en el que quepamos todos; porque nuestras democracias cada vez más se ven amenazadas por el olvido del cultivo de sus condiciones de posibilidad, y porque disponemos de evidentes y dolorosos ejemplos que nos dicen que impulsar sólo el desarrollo económico no es igual a construir democracias incluyentes y sanas.

DIEGO JIMÉNEZ BÓSQUEZ
dajimenezb@gmail.com

Referencias

- MAX-NEEF, M. M. (1997). Desarrollo sin sentido. En *Diseñadores del futuro: para cambiar el rumbo*. Santa Fe de Bogotá: Fundación Colombia Multicolor.
- NUSSBAUM, M. C. (1997). Poetas como jueces. En *Justicia poética* (115-163). C. Gardini (trad.). Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.